

SANDRO VERONESI

Caos calmo

PREMIO STREGA



La vida de Pietro Paladini, ejecutivo de una televisión de pago, sufre una terrible convulsión un día de finales de verano en que, mientras está a punto de morir ahogado al salvar a una desconocida, pierde a la mujer con la que iba a casarse en pocos días. Convencido de estar al borde del abismo y a la espera de ese dolor que debería llegarles —a su hija y a él— como un mazazo, se instala en un infantil «caos calmo» a la entrada del colegio de la niña, una entrañable forma de locura que le sirve como refugio desde el que proteger a su hija y enfrentarse a la experiencia desgarradora de la pérdida.

Pero mientras la ciudad se adentra en el otoño, Pietro se irá convirtiendo en epicentro de un mundo que, en vez de aportarle consuelo y comprensión, le transfiere su propio sufrimiento, sus obsesiones, que el protagonista describe con la serenidad de quien no tiene ya nada que perder. Asistimos así a una progresivamente cómica peregrinación de personajes: dentro de su coche aparcado (convertido en oficina, ermita, confesionario y diván de psicoanalista) o paseando por los jardines cercanos, Pietro recibe a un hermano triunfador en el mundo de la moda, pero con un terrible complejo de Peter Pan; a una cuñada cada vez más desquiciada, embarazada por tercera vez de un tercer amante que tampoco querrá permanecer a su lado; a la mujer que salvó, que descubre la traición de su marido y confunde la venganza con el agradecimiento. Y, sobre todo, a sus compañeros de trabajo, como Paolo, un cristiano de izquierdas con complejo de culpa, capaz de interpretar una fusión industrial en clave bíblica; a Piquet, cada día más neurótico, como su familia, quizá ya instalado en la paranoia; y sus jefes, quienes tratan de vencer su serena equidistancia y atraerlo hacia sus propias filas en un borrascoso proceso de fusión-absorción con otra multinacional, líder en el sector

de las comunicaciones. Sólo su hija encontrará el camino que les permita reconocer sus propias limitaciones y seguir viviendo, aceptando las imposiciones de la madurez.

Con una variedad de registros que van desde el e-mail hasta el vivo diálogo entre generaciones, desde el monólogo reflexivo hasta la prosa erótica más encendida, Sandro Veronesi plasma en esta novela el caos de nuestras ciudades multiformes, de nuestras familias en crisis, de una economía fundada no ya en el valor del trabajo, sino en la pura especulación.

Índice de contenido

Primera parte

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

Segunda parte

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

Tercera parte

33

34

35

36

37

38

Agradecimientos

Sobre el autor

Notas

A mis hijos

No puedo continuar. Continuaré.

SAMUEL BECKETT

Primera parte

1

—¡Allí! —digo.

Hemos acabado de hacer surf, Carlo y yo. *Surf*: como hace veinte años. Conseguimos que dos chavales nos prestaran las tablas y nos hemos lanzado entre las olas altas, amplias, tan insólitas en ese Tirreno que ha bañado toda nuestra vida. Carlo, más agresivo y temerario, ululante, tatuado, obsoleto, con su melena al viento y su pendiente brillando al sol; yo, más prudente y estilista, más diligente y controlado, más mimetizado, como siempre. Su tristemente célebre clase beat y mi vieja falsa modestia sobre dos tablas que se deslizaban al sol, y nuestros dos mundos que volvían a competir como en los tiempos de las formidables peleas juveniles —rebelión contra subversión—, cuando las sillas salían volando, poca broma. No es que hayamos dado un gran espectáculo, puesto que ya es mucho el hecho de no habernos caído de las tablas; o mejor dicho: hemos dado el espectáculo de alguien que ha sido joven y que por un breve periodo ha creído que algunas fuerzas podían prevalecer de veras, y que durante ese periodo ha aprendido a hacer un montón de cosas que de inmediato se rebelaron como completamente inútiles, del tipo tocar las congas, o hacer rodar una moneda entre los dedos como David Hemmings en *Blow Up*, o ralentizar el latido cardíaco para fingir un ataque de bradicardia y librarse del servicio militar o bailar ska, o liar canutos con una sola mano, o disparar con arco, o la meditación trascendental o, precisamente, el surf. Los dos chavales no podían comprendernos, Lara y Claudia ya habían vuelto a casa, Nina 2004 se marchó esta mañana temprano (Carlo cambia de novia cada año, de manera que Lara y yo empezamos a numerarlas): no había nadie que pudiera disfrutarlo, ha sido un pequeño

espectáculo para nosotros dos, uno de esos juegos que sólo tienen sentido entre hermanos, porque un hermano es el testigo de una inviolabilidad que, a partir de un momento determinado y en adelante, nadie más estará dispuesto a reconocerte.

—¡Allí! —digo de repente.

Luego nos hemos echado en la arena para secarnos, atontados por el cansancio, con los ojos cansados y el viento rizándonos el vello del pecho, y nos hemos quedado en silencio, relajándonos. De pronto, sin embargo, me he dado cuenta de que para gozar de esa paz estábamos ignorando algo que desde hacía un rato había empezado a destacarse con una ruidosa urgencia particular: gritos. Me he incorporado para sentarme, imitado inmediatamente por Carlo.

—¡Allí! —digo de repente, señalando a un grupo de personas muy alteradas, a un centenar de metros a barlovento.

Nos levantamos de un salto, con los músculos todavía calientes por la larga cabalgada entre las olas, y nos dirigimos corriendo hacia esa pequeña multitud. Dejamos allí los móviles, las gafas, el dinero, todo: de repente ya no existe nada más que ese corrillo y esos gritos. Hay cosas que se hacen sin pensar.

El tiempo que prosigue es una especie de fulminante secuencia, como un trance, sin otra sensación más que la de ser sólo uno con mi hermano: las preguntas sobre qué ha ocurrido, el viejo exánime sobre el rompiente, el hombre de pelo rubio que intenta reanimarlo, la desesperación de dos niños que gritan «¡Mamá!», los rostros aturdidos de las personas que señalan hacia el mar, las dos pequeñas cabezitas perdidas entre las olas y nadie que reaccione. En ese frenético éxtasis se perfila la mirada azul de Carlo, intensa, cargada de una formidable energía cinética: esa mirada dice que por alguna razón indiscutible nos toca a nosotros ir a salvar a esos dos pobrecillos y que, en realidad, ya es co-

mo si lo hubiéramos hecho, sí, es como si ya todo hubiera terminado, y nosotros, los dos hermanos, ya fuéramos los dos héroes de aquella chusma de desconocidos, porque somos criaturas acuáticas extraordinarias; nosotros somos tritones y para salvar vidas humanas podemos domar las olas con la misma naturalidad con que las hemos domado para divertirnos sobre las tablas de surf, y por allí no hay nadie más que sea capaz de hacerlo.

Entramos en el agua corriendo y nos impulsamos hasta donde rompen las primeras olas. Allí nos topamos con un hombre extraño, larguirucho y de pelo rojizo, ocupado en lanzar torpemente mar adentro un cabo cortísimo, mientras que las personas que deben ser salvadas están a una distancia de treinta metros por lo menos. Pasamos a su lado de un salto, nos mira con unos ojos que nunca olvidaré — los ojos de quien deja morir a la gente— y con una voz cobarde, digna de esos ojos, intenta disuadirnos: «No vayáis», susurra. «Corréis el riesgo de quedaros allí vosotros también». «Que te den por culo», es la respuesta de Carlo un instante antes de lanzarse contra una ola y empezar a nadar. Yo hago lo mismo y, al nadar, veo a contraluz las sombras negras de los mújoles pasando horizontalmente a lo largo del muro verde que se forma cada vez que una ola se levanta para luego abatirse sobre mí: esos peces hacen surf, se divierten, como nosotros hace unos minutos.

Vistas desde la orilla, esas dos cabezas parecían cerca una de otra, pero en realidad están bastante alejadas, hasta el punto de que en un momento dado Carlo y yo tenemos que separarnos: le hago señas para que se dirija hacia el de la derecha, mientras que yo voy a lanzarme hacia el de la izquierda. Me mira de nuevo, sonriendo, luego asiente, y de nuevo me siento invencible; ambos partimos de nuevo con fuerza.

Cuando estoy lo bastante cerca, me doy cuenta de que se trata de una mujer. Pienso de nuevo en los dos niños desesperados en la orilla: «¡Mamá!». La cabeza desaparece

bajo el agua según una inescrutable combinación de fuerzas a las que la mujer parece a estas alturas completamente ajena. Le grito que resista y refuerzo las brazadas, mientras una corriente muy fuerte intenta arrastrarme hacia otro lado. Esa mujer ha acabado en pleno centro de un torbellino. Cuando estoy a un par de metros de ella empiezo a distinguir sus rasgos duros, la nariz un poco aplastada, a lo Julie Christie, pero sobre todo el velo de puro terror que se le ha posado sobre los ojos: está en las últimas, ni siquiera consigue gritar, sólo solloza. Doy unas últimas brazadas y la alcanzo. De las profundidades de su cuerpo me llega una especie de siniestro gorgoteo, como el de un lavabo obstruido.

—Tranquilícese, señora —le digo—, voy a llevarla a la ori...

De manera fulminante, como si se hubiera preparado a conciencia, la mujer me coloca las manos en el hueco de las clavículas y me sumerge bajo el agua con todas sus fuerzas. Pillado a mitad de frase, trago, luego vuelvo a salir con cierta dificultad, tosiendo.

—Calma —digo—, no me aho...

De nuevo la mujer me empuja bajo el agua sin dejarme acabar la frase, y de nuevo me veo tragando agua y emergiendo a duras penas para recuperar el aliento. De inmediato intenta hundirme otra vez, y yo tengo que escabullirme para escapar a su presa. Sus uñas, para retenerme, me arañan en el pecho hasta herirme, haciéndome mucho daño. Boqueando, despellejado, doy un par de brazadas hacia atrás; toda mi fuerza, esa maravillosa sensación de inviolabilidad con la que partí de la orilla, ya ha desaparecido.

—¡No me deje! —burbolla la mujer—. ¡No me deje!

—Señora —digo, manteniéndome a distancia—. ¡Así no vamos a ninguna parte! ¡Cálmese!

Pero, por toda respuesta, la mujer desaparece bajo el agua y no vuelve a salir. Coño. Me sumerjo para volver a sacarla, consigo agarrarla por el pelo mientras se hunde co-

mo una piedra, luego la cojo por las axilas y la llevo hacia arriba, luchando contra la corriente, que tira hacia abajo. Es pesadísima. Cuando emergo de nuevo, tengo los pulmones a punto de estallarme, pero por lo menos la mujer me deja algo de tiempo para respirar un par de veces antes de hundirme otra vez.

—¡No me deje! —Vuelta a empezar.

Desbarato un nuevo intento suyo de llevarme hacia abajo, anticipándome con un golpe de riñones. Ahora ya no va a cogerme por sorpresa, y por lo menos ya no trago agua, pero estoy desperdiciando todas mis fuerzas impidiéndole que me mate, y las cosas no van bien.

—¡No me deje!

—¡Que no la dejo! —grito—. ¡Pero déjeme usted a mí! Si no, vamos a ahogarnos los d...

Nada, ahora ya está claro que esa mujer no quiere ser salvada, únicamente quiere que alguien muera junto a ella. Pero yo no quiero morir, pienso. Yo amo la vida. Tengo una mujer y una hija que me esperan en casa. Voy a casarme dentro de cinco días. Tengo cuarenta y tres años, tengo un trabajo: maldita sea, no puedo morir...

Pienso en huir, en dejarme arrancar todavía un poquito más de piel por las uñas rapaces de esta mujer y en desasirme de su abrazo mortal, dejando que se ahogue ella sola; pero esos ojos verdes y acuosos suyos, que en condiciones normales deben de ser muy hermosos, los veo tan completamente vencidos y aterrorizados y apagados que hacen que sea prácticamente obligatorio intentar salvarla. Vuelvo a pensar en esos niños. En ese imbécil que nos ha dicho que no fuéramos. En mi hermano, que a saber cómo se las estará apañando ahora.

—¡No me deje!

No, no la dejo, no huyo, e incluso se me ocurre una solución. Escabulléndome de su presa consigo situarme a su espalda y desde ahí atrapar sus brazos en el pliegue de los codos: sin esos dos tentáculos enloquecidos la mujer ya no

podrá matarme, y éste ya es un buen paso adelante. Lo que pasa es que, ahora, del mismo modo que son inutilizables sus brazos atrapados, lo son también los míos, que los atrapan, y llevarla hasta la orilla resulta complicado. Tengo que intentar transmitir a su cuerpo muerto las pocas fuerzas que han quedado en el mío, y esto en medio de un mar tan agitado que hasta acabo de hacer surf en él, en el centro de un torbellino que sigue tirándonos hacia abajo, y sin poder utilizar los brazos. Menudo problema. Intento razonar al respecto y la verdad es que no veo otra posibilidad que utilizar las piernas y la pelvis. De modo que doy un buen golpe con las piernas, y con fuerza cargo con mi pelvis contra la suya: avanzamos un poco hacia la orilla. Repito la operación, mientras su inconsciente suicida hace que pierda la cabeza y que luche por hacerla más difícil: golpe de piernas, golpe de pelvis, y de nuevo avanzamos un poco hacia la orilla. Un nuevo golpe, un nuevo y pequeño progreso, y ya está: con paciencia, con calma y dosificando las fuerzas me doy cuenta de que así podemos lograrlo, y me siento más tranquilo. Lo único que ocurre es que he dicho «pelvis», porque también se le puede llamar así, pero la verdad es que estamos en una postura bastante obscena, y en realidad su pelvis es un culo, un ancho y blando culo de abadesa, mientras que mi pelvis no es otra cosa que la polla. Estoy dándole unos buenos golpes de polla en el culo, es esto lo que estoy haciendo, con todas mis fuerzas, manteniéndole los brazos atrapados por detrás, empujando desafortadamente con las piernas, en una postura tan absurda, impúdica y salvaje que, de pronto, ocurre algo absurdo, impúdico y salvaje: tengo una erección. Me doy cuenta mientras me está sucediendo, mientras esta exaltada sensación de potencia me llega desde la nada (¿dónde estaba hace un rato?), para concentrarse en un único punto y, desde allí, tensar mis músculos, si fuera posible, *curvarlos* y, de inmediato, dispersarse hacia atrás por todo el cuerpo como una ola de calor, colmándolo de sí mismo, de manera que en un

momento determinado está en plena erección todo mi cuerpo, como si en semejante postura con esta mujer me encontrara no ya en medio del mar tempestuoso y con las vidas de ambos corriendo peligro, sino en el acto de encullarla salvajemente sobre la gran cama desconocida de una alcoba de cuento, arabizante: me doy cuenta de ello mientras está sucediendo, y me siento desconcertado, pero todo el desconcierto de este mundo no le impide a mi polla seguir hinchándose y endurecerse bajo el bañador como si fuera un ente autónomo, independiente de mí, una irreducible minoría hormonal que se niega a aceptar la idea de la muerte o, tal vez, por el hecho mismo de haberla aceptado, lanza al universo su último, su ridículo grito de guerra.

Así que éste soy yo. Aquí estoy, en peligro, restregando la polla dura contra el culo de esta desconocida, loca de remate, y diciéndome que lo estoy haciendo por ella, aunque a estas alturas también por mí, por Lara, por Claudia, por mi hermano y por todos los que despacharían en cinco minutos la noticia sobre una desconocida ahogada en el mar ante mis ojos y que, no obstante, sufrirían, llorarían y ya no volverían a ser los mismos de antes si, junto a ella, aquí y ahora, me ahogara yo también. Lo estoy haciendo, sí, para salvarla, para salvarme, pero esta incongruencia ahora me asusta incluso más que la muerte, porque yo no me había visto tan cerca de ella, y constatar sobre el terreno que mirar a los ojos a la muerte me produce este efecto, y descubrir que, al fin y al cabo, después de tanto pensar en ella, o de evitar pensar en ella; después de tanto sufrirla en ese tremendo 1999, cuando se llevó por delante primero al padre de Lara, luego a su madre, y luego también a la mía en un periodo de tan sólo diez meses; y después de tanto elaborarla, a partir de ese momento, aceptarla, amansarla, domesticarla hasta el punto de llegar a convertirla en una especie de dócil leona de salón, la muerte me excita hasta el punto de asociarse con una vulgarísima fantasía sexual que